

grandes escuadras que hasta entonces habían visto los siglos. 208 galeras reales, 6 galeotas y 22 navíos mandaba D. Juan de Austria y 230 galeras reales y 60 galeotas capitaneaba Alf-Bajá. Unos 23000 hombres de guerra tripulaban la primera armada y unos 120000 la segunda. La diferencia era inmensa; pero el ibero león no se arredra a pesar de la opinión contraria de algunos de los generales que han de pelear a su lado. Con un crucifijo en la mano recorre D. Juan de Austria sus naves una por una y a todos los pone en condiciones de dar su vida por defender a Cristo, seguros de vencer con el patrocinio de María.

Y era de ver al vencedor de los moriscos de Granada lanzarse como una tromba veloz en contra de la nave capitana que dirigía el mismo Alf-Bajá. Embistió la capitana española y quedó empotrada con la turca. Dos veces ganaron el abordaje los españoles a su enemigo, conquistando hasta llegar al árbol; pero otras tantas fueron rechazados, y con tal ímpetu que en la segunda los turcos como nube de centellas caían sobre la capitana española. Entonces fué cuando Don Juan de Austria abandonando el estanterol, desde donde alentaba y ordenaba a los suyos, cayó sobre los turcos con tal ímpetu y fiereza, que los cristianos llevando a su cabeza a D. Lope de Figueroa asaltaron de nuevo la nave de Alf-Bajá, dieron muerte a éste de un mosquetazo en la cabeza y, derribando el estandarte de la media luna, enarbolaron el de España a los gritos de victoria, lo cual visto y oído de toda la hilera de aquel escuadrón, rindieron las galeras de los turcos. Y D. Juan de Austria pudo dar gracias a Dios con la grandeza de su magnánimo corazón, mientras el mundo contemplaba en él al brazo derecho de la Iglesia, la cual con la ayuda de España, salvaba una vez más al cristianismo de las garras de la media luna y a la civilización sostenida por el Pontificado de Roma, de los dos focos de barbarie mahometana habidos en Córdoba y Damasco.

Luego queda incotrovertiblemente demostrado, como lo son los hechos, que el Soberano Pontífice San Pío V, poniendo en los labios de los cristianos de todo el orbe la oración del Santísimo Rosario, alcanzó de la Santísima Virgen el anhelado triunfo sobre los turcos, mediante la bizarría de aquel soldado español de quien San Pío V al elegirlo generalísimo de la armada cristiana, pudo decir *Joannes est nomen ejus*. Juan es su nombre.

Mas permitidme, mis amados hermanos, que antes de abandonar esta cátedra santa recordemos en honor de nuestra santa fe los esplendores que por ella circundan de gloria a esta santa madre que se llama España, nuestra amada patria. Señora de medio mundo, por ella arrancado a las tinieblas de lo desconocido y por ella civilizado, fué en aquellos venturosos tiempos la primera nación del mundo. La verdadera fe engrandece las naciones, el amor a María las regala con dulzuras celestiales, y el Príncipe de la paz las colma de las bienandanzas divinas y humanas. Por eso al lado de los inmortales teólogos figuran las glorias de nuestros poetas, y junto a nuestros inimitables ascetas, catalóganse los sabios en todos los ramos del saber humano, hallándose no pocas veces en un mismo corazón unidos en íntimo maridaje el hijo de la guerra y el enamorado de las letras, el